



LA MODA RETRO

NO TIRE USTED
SU PASADO,
QUE AUN LE PUEDE
SERVIR...

«C OMO, a nuestro parecer/ cualquiera tiempo pasado/ fue mejor...». Los poetas descubrieron hace siglos este espejismo, esta especie de refracción que nos hace ver ideales y próximas cosas y personas que son lejanas y probablemente —o seguramente— fueron difíciles y ásperas. Filósofos y físicos tratan de estudiar la naturaleza del tiempo. ¿Es un sueño, una abstracción; es bi o tridimensional, es una reverberación del espacio, una simultaneidad? En tanto, se sabe que el tiempo es el hombre. El tiempo es a veces una inclinación de la espalda, una forma pesada y lenta de andar, unas arrugas que comienzan a aparecer en torno de los ojos. Es mucho más: una actitud mental de rechazo a algo que está sucediendo. Se quiere volver atrás para empezar otra vez. Como Fausto. Pero Fausto buscaba una solución individual. Lo que el hombre de nuestro tiempo pretende volver atrás de alguna manera es la sociedad, regresarla a un punto en el que pueda comenzar de nuevo. Ahora no es sólo una cuestión de ancianos: lo es también de jóvenes. Es la moda «retro».

Acaba de ser definida con ese nombre —«retro»— en París, donde una serie de coincidencias la hacen palpable. No sólo en la moda en el sentido inmediato de la palabra, el de los indumentos de hombres y varones, sino en el arte, en la literatura, en el cine, en el teatro. Es decir, en las formas de plasmación de un inconsciente colectivo. No es la breve y nostálgica ironía de lo «camp»: un fragmento

del tiempo pasado que se injerta en la modernidad y lanza unos destellos inesperados, como podrían ser los cuplés que canta deliciosamente Olga Ramos en un cabaret de Madrid. Es una reflexión más profunda. Puede ser la reabsorción de algunos esquematismos históricos: Louis Malle, en «Lucien Lacombe», explica cómo un hombre puede llegar a colaborar con el enemigo; en «Les chinoises a Paris», Jean Yan-

ne presenta el comportamiento bajo una ocupación extranjera. Es Bertolucci, en «La estrategia de la araña», tratando de rehacer un tiempo que no fue el suyo, sino el de sus mayores, y se le escapa continuamente de las manos. Quizá «Boy friend» no sea más que la nata suave de esta cocina, pero «Cabaret» tiene ya desgarros y crueldades que van más allá. Ingleses o italianos, franceses, americanos, se entregan

a la moda «retro». Quizá esta forma de reflexión incómoda haya llegado de los Estados Unidos, de la mano armada de «Bonnie and Clyde». ¿No era la violencia de los «gangsters» una simple violencia de artesanía, como lo era su cerveza o su whisky producidos en alambiques clandestinos?

¿Y aquí? El fenómeno español es mucho más peculiar. Las modas son lentas en llegar por las razones que todos sabemos. La corriente mundial del cine, del teatro, se detiene en los Pirineos. Y la corriente de reflexión propia sobre nuestro pasado inmediato es todavía temerosa, todavía incompleta, aunque se están ya llenando los escaparates de librería de memorias, reportajes, análisis de la época de la República, de la guerra civil, de la posguerra. Pero todavía no se ha logrado ver «Canciones para después de una guerra», de Patino, ni la obra que con texto de Gala había presentado Marsillach a la censura. El concepto del pasado es oficialmente el de un largo presente, el de un futuro sin límites. Al mismo tiempo que hay una contradicción, un deseo de sacarlo de su puerto.

Pero brotan ya algunos ejemplos. En una novela reciente (1), Vázquez Montalbán deja hablar al final a un personaje (¿él mismo?) que durante todas las páginas anteriores se ha estado manteniendo en un casi monólogo onírico. Y dice el personaje: «Ha nacido tarde, simplemente. Cuando yo nací ya había acabado la aventura, el derecho y el deber de la aventura (...). Se habían gastado toda la épica y el lirismo. No habían dejado nada para mí. Si acaso, un destino de

(1) «Happy End». La Goya Ciencia, 1974.

«Cabaret» tiene desgarros y crueldades que van más lejos...





En «La prima Angélica», de Carlos Saura, el relato es también un regreso.

Pablo Berbén

burócrata de la nada, que podía llegar por su propio esfuerzo desde la más absoluta pobreza a la nada, o desde la nada a la más absoluta pobreza (...). En realidad nació (...) y abrió los ojos a la Historia, cuando comenzaba a arriarse toda la bandera de la libertad. La libertad es una meta lejana (...). Nunca tendré la oportunidad de perder una guerra con mis propias manos o perder una revolución con mis propios deseos. Durante mucho tiempo el mundo va a caminar sin horizontes y los espejos quedarán cegados en la imposibilidad de devolver modelos».

En «La prima Angélica», de Carlos Saura, recién estrenada en España y seleccionada por el Festival de Cannes, el relato es un regreso. Un hombre frustrado vuelve a la ciudad de provincias, donde pasó su infancia y donde vio comenzar la guerra civil; el hallazgo narrativo principal es que el pasado lo revive no en forma de recuerdos abstractos, sino con su forma y figura de hombre actual; mientras todos los personajes rejuvenecen o se añián en los «flash backs» (que no son realmente tales «flash backs», sino construcciones en el tiempo actual), él sigue con su figura de hombre vencido; no es un niño, sino que se añiña; no sufrió, sino que sufre. Lo que perdió entonces lo sigue perdiendo cada día.

En otro tono, que a algunos ha alarmado por su aparente ligereza, Alonso Millán ha estrenado «Se vuelve a llevar la guerra larga». Es la historia del hombre oculto, que cree que la guerra civil no ha terminado aún, y lo cree porque quienes conviven con él se lo hacen creer así y montan escenas de ficción, reproducciones de las de la guerra, para que siga el terror y en el escondrijo que a ellos conviene. ¿Es una forma de expresar la guerra que no cesa? Sean cuales sean, su alcance y sus dimensiones literarias, el entronque con la corriente de la congelación del tiempo, de cómo la ficción de un terror antiguo puede crear un terror actual, parece evidente para el espectador que encuentra esa línea. Que cabría encontrar más lejana, más distante, más abstracta, en «Anillos para una dama», de Antonio Gala, donde lo que se hace oscilar es una manera usual del concepto que tiene el español de sus héroes. Como podría ser con «Los comuneros», de Ana Diosdado. En cambio, «La murga», de Alfonso Jiménez, Romero y Francisco Díaz Velázquez, el juego es otro: el tiempo presente, el presente permanente, se contempla como si ya hubiese pasado.

Es curioso cómo el juego «retro» español se agarra míticamente a unos símbolos del cine americano.

Fueron la savia que nutrió toda una «educación sentimental» de unas generaciones. En la novela de Vázquez Montalbán el personaje cree que es Humphrey Bogart, y algunos de sus interlocutores son como Hemingway. En un café-teatro —Stéfani—, Xavier Laffeur ha montado un espectáculo de evocación de Mae West; en otro se representaba hace poco a Marilyn Monroe. Frutos de una generación de espectadores. La televisión española les alimenta frecuentemente con sus ciclos retrospectivos o con la aparición de pequeñas perlas, como «Un día en Nueva York». Quizá un abismo se abra ya entre quienes vimos aquella película sin ninguna ilusión en su momento y quienes la ven como una sucesión de imágenes del paraíso perdido. Parece que si alguien creyó firmemente en el «American dream», en el «American way of life», no fueron exactamente los americanos, sino los jóvenes españoles de los años cuarenta.

«Aquellos que no recuerdan el pasado, están condenados a revivirlo»: es una frase de André Malraux, que Louis Malle coloca como bandera de «Lucien Lacombe». Pero el pasado no se revive. O se idealiza, o se caricaturiza. La mecánica francesa del «retro» es moral y psicológicamente distinta a la que apunta en España. En Francia

algunos creadores tratan de determinar como un hecho histórico terminado. «He considerado que esta época (la de la ocupación alemana, la del colaboracionismo: 1941) era un hecho adquirido», dice Louis Malle. Es decir, inencontrable en el presente. Situado en treinta, treinta y cinco años atrás, para algunos, de revivirlo, con todo lo de imposible que tiene esa aventura, de poder soltar los diques que lo han contenido y hacerlo fluir velozmente: como si en unos días se pudieran sentir muchos años. Mientras que para otros consiste precisamente en elevar esos diques, en contenerlo. Se produce a manera de enfrentamiento.

Probablemente son posiciones ideales las dos, o idealistas. Irreales. Sea cual sea la verdad filosófica —palabras contrapuestas— o la verdad física —nunca encontrada— del tiempo, lo que tenemos es esto, aquí y ahora, y en esto es en lo que están prendidas nuestras vidas. «Amar al pasado es alegrarse de que haya pasado», decía Ortega y Gasset. Quizá bastaría con saber que no existe. ■